

TEMBLARÁS CON LA TIERRA

Una lectura de *Diario de un volcán* de Lucía Rosa González

Cecilia Domínguez Luis

Presentamos hoy un libro singular, un diario que es, a su vez, crónica y relato poético de un suceso que aún nos tiene en vilo: la reciente erupción del volcán de Cumbre Vieja.

Un libro traducido al alemán por Gerta Neuroth y publicado por una editorial alemana, dirigida por Claudia Gehrke: *Diario de un volcán*.

Lucía Rosa González, escritora y amiga de hace tiempo, me pide, en la hermosa dedicatoria de su libro que “ponga luz a lo oscuro y pasos a la ausencia”, y yo pienso que estos deseos ya los cumplió ella misma al escribir este libro, en el que, con un lenguaje poético, la mayoría de las veces desgarrador, pero con grades momentos de ternura y trazos de ironía, ilumina esa oscuridad de la tierra, de su amada tierra, y también los corazones que aún tiemblan bajo el volcán.

Cuando leí el título de este libro, sin empezar a leerlo aún, la memoria me llevó a otro libro de Lucía Rosa, publicado hace ya diecisiete ...años. Un libro para niños que se titula *Donde el volcán nace*, y en el que ya escribe cosas como esta: *El volcán, el calor del volcán, la negrura de la lava, la oscuridad...*

Extendió su mano y sintió el calor. Eran sensaciones inexplicables. Sentía muchas presencias....Es preciso vivir bajo las faldas de la Cumbre Vieja para percibir tantas emociones.

Lejos estaba la autora- o acaso no, pues, a veces la literatura nos hace premonitorios sin saberlo- de pensar que sería precisamente de esa Cumbre Vieja, de donde nacería ese *animal hambriento (que) nos chupa el alma y el alma de las cosas*.

Así, con esta desoladora imagen comienza *Diario de un volcán* que es también el día a día de quien lo escribe, y de cada uno de los habitantes de esta isla de La Palma que, a partir de un 19 de septiembre de 2021 ya no sería la misma.

Un diario que es también una crónica, casi periodística de lo sucedido. Y digo casi, porque es prácticamente imposible tomar la suficiente distancia como para hablar con aplomo de lo que ocurre y sus repercusiones en todos los isleños de

los que Lucía Rosa se hace voz y parte necesaria, pues ella también sufre ese desgarró, por la aniquilación de todo aquello que el volcán sepulta: su casa, sus huertas, sus recuerdos.

La gran sensibilidad de nuestra escritora no podía por menos que reaccionar ante tanta herida. Necesita una catarsis, algo que la redima y que, al mismo tiempo trace un camino para tantos que, como ella, perdieron el suyo el real, aquel que los llevaba a sus huertas, a sus hogares, a sus recuerdos, a su vida.

Y para ello acude a la palabra y, con ella, a la memoria de los días de las pérdidas, de las ausencias, pero también a aquellos que aún eran luminosos y llenos de promesas.

Porque es la memoria una de las tablas de salvación a la que nos aferramos, los momentos cuando todo parece perdido. Porque ella nos trae de nuevo ese ayer, aunque, en el fondo sabemos que ya no regresará, pero también sabemos que una vez fue y lo vivimos y gracias a ese ayer somos, a pesar de todo.

La incertidumbre se palpa en cada una de las siete partes en las que está dividido este libro, donde el volcán, a veces se vuelve inabordable, otras se personifica, otras se animaliza o demoniza, sin que por ello pierda esa realidad amenazante y destructora que nos circunda y que nos hace sentir tan insignificante, ante la incontenible fuerza de la Naturaleza.

En ocasiones, es tal el desasosiego, que Lucía Rosa se dirige directamente al volcán, personificándolo. Y escribe:

Nos dan ganas de decirle de frente, cara a cara, coge lo que quieras. Elige, pero ya. De una vez, elige. Solo para sentirnos invulnerables un segundo.

No queremos que nos hagas más daño.

Pero el volcán no escucha, y los temblores, las explosiones, la lava y el humo se suceden y va destruyendo todo aquello que forma parte de las raíces de todo un pueblo. Y así caen Todoque, El Paraíso, La Laguna, Las Manchas....

Inevitablemente surgen sentimientos contradictorios: por un lado, el rechazo, el miedo, la angustia; por otro la fascinación, esa imposibilidad de desviar la vista de lo que sucede. Lo terrible también nos atrapa y no dejamos de mirar porque

sientes un impulso volcánico que lo impide: algo secreto y cruel que cruza tu cabeza para que hundas tus ojos en la secuencia destructiva.

Retorna la memoria porque la destrucción de esa casa que permaneció tres semanas valientemente azul, le lleva a evocar esa otra casa de su infancia, ese tiempo feliz de la inocencia, cuando todo parecía posible, cuando la madre era el refugio, la decisión, la entereza y el padre la fuerza la entrega de quien trabaja, con amor, la tierra..

Y estos recuerdos se acrecientan cuando el volcán arrasa el camposanto. Y Lucía Rosa escribe: *El volcán quiere prolongarnos en sus cenizas, no en las cenizas de nuestros seres. ¿Qué nos advierte? ¿Qué antes de volcán fue cementerio?*

Y es que el volcán hace que las mentes se retuerzan como la lava, en un intento por salir de esa esclavitud a la que los somete su fuerza desatada, y por eso, la autora de este hermoso y a la vez perturbador Diario se pregunta y nos pregunta:

Del camposanto a la extinción, de Kafka al holocausto: los vínculos de la mente con la perversidad son venenosos: ¿Suceden execrables para crear historia?

Tal vez sí, porque todas esas paradojas nos sirven para reconocernos como seres contradictorios, capaces de grandes gestos generosos, pero también de mezquindades.

Y de esa parte oscura de lo humano también da cuenta nuestra escritora. Y tal parece que la violencia del volcán hace presa en algunos humanos que, como él, se animalizan y buscan su presa.

Sí, la Naturaleza nos pone a prueba y, entonces, aparte de lo oscuro y denunciado, surgen voces, brazos, voluntades que se unen al dolor de la isla y pretende paliarlo de una u otra forma, lo que Lucía Rosa reconoce y agradece. Y ese atisbo de esperanza hace que surja el humor ante las dificultades, como cuando van a registrar la casa : *Somos el siete para la atención en SOAJE (Servicio de Orientación y Asistencia Jurídica en situación de Emergencia y Catástrofe). A lidiar con las siglas.*

Ironía que apenas oculta la tristeza, esa nostalgia verde que, como escribe la autora de este Diario: *La vi, hermosamente acurrucada en el interior de los ojos de él. De mi marido. Que los estragos de la nostalgia no usurpen el verdor. De tus ojos y de nuestra esperanza.*

El amor como sostén indispensable en los días difíciles.

La tierra tiembla, la lava engulle huertos y casas, vidas y recuerdos, pero hay una voz que reivindica todo lo que fue: los paisajes, el paisanaje y su manera de vivir la tierra, de amarla hasta sus últimas consecuencias; los senderos que hollaron pasos portadores de alegría, tristezas, temores y deseos.

Por eso repito que la escritora hace realidad esa otra petición de su dedicatoria, porque con sus palabras, convierte en presentes lo pasos de la ausencia.

Sigue rugiendo el volcán pero, un día “esa cosa de arriba” se calla, y queda la ceniza.

Y de pronto- escribe la autora- amamos la ceniza. Antes no, ahora sí.

De este modo se retoma la vida y surge, como una suerte de ave fénix, que es toda la isla. Y llegará el día en el que, como el protagonista del delicioso cuento que nombré al principio, *Donde el volcán nace*, toquemos la lava y sintamos esas emociones que sólo siente los que viven bajo un volcán, porque lo que besa la ladera es, como dice Lucía Rosa al final de este bello diario es: *La nostalgia plagada de ceniza que se hizo paisaje y humea.*

Casualmente, la noche en que terminé de leer *Diario de un volcán*, vi una película japonesa, al final de la cual una voz en off sentenciaba: «El pasado se puede recordar, pero no tocar.»

Tal vez sea verdad, pero no es menos cierto que, gracias a la memoria, el pasado se hace tangible en nuestros corazones, y eso lo sabe muy bien Lucía Rosa.